

III. DOCUMENTOS

RECHAZO Y ACOGIDA DE GABRIELA MISTRAL

Hugo Montes B.

Universidad de Chile

Mirada de manera global, como en bulto, Gabriela Mistral aparece como una mujer siempre exitosa, que gozó en todo momento de celebridad y de aceptación unánime. Varios hechos abonan esta impresión: el que alcanzara prestigio antes de publicar su primer libro, la amistad con Ministros de Estado, la invitación a México para colaborar en la reforma educacional, el otorgamiento gracioso del título de Profesora que le concedió la Universidad de Chile, la nominación de Cónsul en diversos lugares, el Premio Nacional y el Premio Nobel de Literatura, la recepción apoteósica en su país luego de varios años de ausencia, las reediciones en múltiples libros de un sinnúmero de artículos de prensa publicados en países de Europa y de América. Junto a tanto reconocimiento en Chile y el extranjero, extraña que la poetisa hablara de ingratitudes hacia ella y reprochara con amargura incomprensiones y malos tratos. ¿Qué más podría pretender? ¿Cómo no estar satisfecha de tantos y tan altos reconocimientos? ¿No hubo mezquindad en sus reflexiones?

Poco cuesta enumerar los aspectos dolorosos de la vida mistraliana: padre dado al vagabundaje, estrechez económica, falta de correspondencia en el amor de pareja, inestabilidad laboral, pérdida trágica del hijo adoptado, esencial soledad en su eterna peregrinación por países de Occidente, vicisitudes de su vida religiosa, antinomia entre su humilde origen personal y la aristocracia de algunas damas que la ayudaron sin descender de su altura social, etc.

Pero no quisiera en esta oportunidad contrastar los buenos éxitos literarios con las penurias de una vida que alcanzó la cima del éxito artístico con enormes dificultades. Mi propósito es distinto y se relaciona directamente con el Seminario que hoy se inaugura en nuestra Universidad¹. Deseo mostrar las alteraciones, los vaivenes de lo que llamamos buen éxito literario. Más claro: señalar que en Gabriela los triunfos literarios conllevaron de hecho limitaciones graves de su prestigio como autora; que lo mismo que de una parte la elevaba, de otra la hacía caer. Es una suerte de ir y venir crítico-estético que no ha sido suficientemente estudiado por sus innumerables admiradores y que quizás explica, siquiera en parte, los resentimientos de la autora. Veamos algunos casos.

Quien dio a conocer la primera poesía de la Mistral en forma masiva fue el profesor Manuel Guzmán Maturana, autor de una docena de textos de estudio para alumnos de preparatoria y de enseñanza secundaria, como se decía entonces. Prosas y versos mistralianos en número de 50 ó más constituyeron un ingrediente importante de los textos. Buena parte de esas prosas y de esos versos fueron recogidos en 1922 en Nueva York en *Desolación*. Algo tan positivo tuvo su contraparte negativa: Para muchos la

¹Octubre de 1995, Homenaje en la Facultad de Filosofía y Humanidades, al cumplirse 50 años del Premio Nobel dado a Gabriela Mistral. Estas líneas corresponden a la sesión inaugural.

Mistral pasó a ser y aún ahora sigue siendo la poetisa de los niños y para los niños, de lo dulce por no decir dulzón de los piecitos azulosos de frío y de las manitos pedigüeñas. Poemas cargados de diminutivos y de poca fuerza, con reiteraciones no siempre creadoras. A la postre, Guzmán Maturana junto con dar fama a la Mistral, la primarizó, hecho que todavía le pena.

Otro éxito muy costoso de nuestra autora fueron los elogios a *Desolación*, particularmente de Hernán Díaz Arrieta. El libro, publicado en Nueva York el año 22, tuvo una acogida espléndida de la crítica. Pedro Prado prologó la segunda edición, Santiago, 1923, y Alone dijo y con superlativos todo lo bueno que se puede decir de un libro realmente significativo.

El público lector se habituó a una poetisa sensible, muy fina, profunda a la vez que sentimental. Como el segundo libro –*Tala*, 1938– tardó en aparecer, el hábito a esa Mistral del comienzo fue cada vez mayor hasta el punto que para muchos ella cuenta sólo por las prosas escolares, las canciones de cuna y las rondas infantiles. Los grandes himnos americanos y la poesía menos rítmica, menos eufónica de la Mistral han tardado décadas en imponerse, y ello sólo en círculos literarios más o menos escogidos.

Paradójicamente, a la inversa, la crítica negativa e injusta de Raúl Silva Castro despertó un interés distinto por la poetisa y las fuertes réplicas del mismo Hernán Díaz. Era tan apasionado y arbitrario, tan sin fundamento y lapidario el escrito de Silva Castro (habla del mal gusto deplorable de quienes premiaron los sonetos de la muerte, de la mala versificación, de los versos ripiosos y la elección no siempre afortunada de palabras, del realismo rastrero, etc.) que suscitó inesperadamente una ola de simpatía y de interés por la obra de Gabriela.

No pueden omitirse en esta serie de observaciones críticas las ediciones de la obra misma de Gabriela. Personalmente, ella era muy exigente con los pocos libros de poemas que editó en vida: *Desolación*, *Ternura*, *Tala* y *Lagar*. Fui testigo de cuánto costó a la Editorial del Pacífico por ejemplo conseguir que la autora pusiera su visto bueno a la publicación de *Lagar*. Una y otra vez pedía las pruebas de imprenta, daba indicaciones tipográficas, corregía hasta los menores detalles del libro. De nuevo, empero, la paradoja. Ediciones no autorizadas sobre todo de *Desolación* tergiversaron versos, cambiaron el orden de algunas estrofas, omitieron signos de puntuación.

Peor ha sido la publicación de sus prosas. Diversos recopiladores, cuya buena voluntad y conocimiento de la obra mistraliana nadie pone en duda, editaron multitud de textos periodísticos dispersos por el mundo en no menos de doce libros de títulos arbitrarios y con muy discutible sentido ordenador. Predominó el orden temático: Materias, religiosidad, niñez, libros, paisajes, personas... A menudo se omite la procedencia de los textos y la fecha de su primera publicación, con lo cual el lector estudioso pierde una ocasión privilegiada para relacionar, investigar, enseñar. Las introducciones son, en la mayoría de los casos, insuficientes en cuanto no penetran con rigor en los textos presentados. No cabe aducir que se trata de libros de mera divulgación, pues la índole y la calidad de esos escritos invitan a un estudio merecido y necesario que no encuentra en las ediciones aludidas mayor apoyo.

El estudioso tendrá que meter mano en este mar riquísimo de la prosa de Gabriela. Mano que ordene, que indique procedencias y cronologías, que aclare referencias geográficas y bibliográficas, que cale en los valores estilísticos y –más general– propiamente estéticos de lo que, habiendo nacido como artículos volanderos, gravita por su calidad y, en muchos casos, además por las enseñanzas que contienen. Si hay algo que exige estudio es precisamente la prosa mistraliana. El primero en apreciarla

fue el padre Alfonso Escudero. Luego, salvo alguna excepción, hay más elogios que rigor y análisis serio.

Es lamentable que después de casi cuatro décadas de fallecida la autora no se haya intentado siquiera la publicación de sus obras completas. Ya es tiempo de hacerlo. Su rico epistolario editado parcialmente debe contar de manera especial en la publicación que echamos de menos, pues Gabriela tenía un hondo sentido coloquial al escribir y ello se percibe a las claras en sus cartas.

Hay, en fin, a nuestro juicio, otro ingrediente crítico que, junto a los anteriores, explica la insatisfacción de la poetisa por la recepción de su obra. Me refiero a la escasa importancia que le dieron sus grandes compañeros de ruta. Vicente Huidobro la ignoró completamente. Es sabido que la *Antología de la Nueva Poesía Chilena* que en 1935 publicaron bajo su inspiración Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim no incluye ni un solo poema de la Mistral. Más aun, Huidobro la despreciaba y no le reconocía ningún mérito literario. También de ello soy un testigo presencial.

Más complejo es el caso de Neruda. Como senador la elogió 50 años atrás, cuando recibió el premio Nobel.

En el *Canto General* no la menciona, en circunstancias que allí evoca elogiosamente a numerosos otros artistas.

Cuando la poetisa vino a Chile, durante el segundo Gobierno de Ibáñez, Neruda no la visitó ni dio la menor muestra de interesarse por ella. La recuerda, es cierto, positiva aunque incidentalmente en sus memorias *Confieso que he vivido*.

Es la crítica y somos los profesores los que hemos unido a los tres grandes de nuestra poesía, lo que está bien. Pero la verdad es que esencialmente se desconocieron entre sí. Sé sólo de una fotografía que los muestra uno al lado del otro. Huidobro y Neruda, por lo menos pelearon y se enemistaron en público. Ella –más doloroso– fue ignorada o, a lo sumo, homenajeadada oficialmente. Una mujer de su sensibilidad no puede sino haber sentido muy hondo el desprecio, por lo demás injusto, de que era objeto.

Este capítulo, en todo caso, merece una atención especial de los estudiosos de Gabriela. Yo lo veo como un punto más en la línea larga de rechazos de quienes por su cultura y sensibilidad pudieron valorarla y no lo hicieron. Quizás por el afán vanguardista de Huidobro, quizás por la importancia desmedida a la dimensión social en el caso de Neruda, ella pareció a ambos poetas demasiado tradicional e insuficientemente comprometida con la realidad de su pueblo.

Estimados amigos: Estamos ante una iniciativa encomiable, propia de la Universidad de Chile. Reunirse para celebrar el medio siglo del Premio Nobel otorgado a esta poetisa superior y para reflexionar acerca de la vigencia de su obra y de las carencias y los logros de la crítica, es rendirle el homenaje más adecuado.